

EDWARD W. SAID: REFLEXIONES SOBRE LOS CONFLICTOS DESDE EL EXILIO

J. Jesús Camargo
Universitat de les Illes Balears

RESUMEN: El sentido de este artículo radica en adentrarse en el pensamiento subversivo, excéntrico y contrapuntístico de Edward W. Said. Como paradigma esencial del pensador y ensayista que reflexiona sobre los conflictos con la esperanza de superarlos con una actitud distante, crítica y de tolerancia mutua, sin caer en la demonización del Otro. Desde la angustiosa pero enriquecedora experiencia del exilio, Said adquiere una posición fronteriza crucial para analizar los conflictos que acaecen en el mundo. Y debido a su condición de exiliado palestino, nos centraremos en su análisis del conflicto palestino-israelí como centro neurálgico de la convulsa región de Oriente Próximo. Said analiza el sufrir palestino de los últimos 60 años desde la hibridez intelectual que ensancha el horizonte y enriquece la mirada, a la vez que esboza una comprensión del conflicto matizada y subalterna, siendo consciente de las múltiples dimensiones simultáneas de la realidad, aplacando la ortodoxia del juicio al uso.

PALABRAS CLAVE: Exilio, Palestina, *Naqbah*, identidad, contrapunto, intelectual.

ABSTRACT: The aim of this article is going into Edward Said's subversive, eccentric and contrasting thought. He represents a paradigm of a thinker that deliberates about conflicts with the hope of getting over them through a distant, critical and tolerance-based attitude, avoiding the demonizing of the Other. From the distressed but enriching experience of exile, Said takes a borderline position that is crucial to analyze world conflict. The essay will also focus on his analysis of the Israel-Palestine conflict as a pivotal center of that convulsed region in the Middle East. Said examines the suffering from the Palestinian people in the last 60 years from his multi-sided perspective, while allowing a balanced and exhaustive comprehension, far from narrow thought or too common orthodoxy

KEY WORDS: Exile, Palestine, *Naqbah*, identity, counterpoint, intellectual.

INTRODUCCIÓN

Edward W. Said nació en el otoño de 1935 en Jerusalén, en la zona occidental de la ciudad santa, Talbiyah, de la Palestina histórica. A finales de 1947 la ciudad fue tomada por el ejército británico, estableciendo controles fronterizos. El mundo en el que Said había vivido su infancia se estaba diluyendo, estando a punto de conocer el exilio y la experiencia de la expulsión que culminaría con la *Naqbah* de 1948, es decir con la colonización de buena parte de la Palestina histórica, y la proclamación del Estado de Israel por Ben Gurion de forma unilateral en mayo de 1948. La fuerza y el poder estratégico del ejército judío provocaron la expulsión del 68 % de los palestinos, es decir más de 700.000 palestinos se convirtieron en refugiados y exiliados; sin olvidar que más de 300 localidades árabe-palestinas se convirtieron por la fuerza en israelíes, mediante lo que podríamos denominar, sin lugar a dudas, una limpieza étnica¹. Para poner sólo dos ejemplos de la brutalidad y crueldad que el *Tsahal* llevó a cabo en las distintas localidades árabes, es pertinente recordar la matanza de Deir Yassin en la noche del 9 de abril de 1948,² dónde fueron asesinados más de 250 palestinos; o en el pueblo Tantuara, el 23 de mayo, dónde también se cometieron asesinatos en masa. Así, lo que para los israelíes era la Guerra de la Independencia, para los árabe-palestinos originarios era una catástrofe, un cataclismo difícil de olvidar, que provocó su condena a la no-existencia, la lamentable desarticulación de la ciudadanía palestina y 60 años de desposesión que han convertido a los palestinos en lo que Said (2001: 53) siempre recordaba «las víctimas de las víctimas».

¹ En marzo de 1948 ya se inició la campaña hacia lo que podemos denominar la limpieza étnica del pueblo palestino, que por un lado debía suponer la toma de los mandos militares y civiles que los británicos empezaban a abandonar, y por otro tenía que llevarse a cabo el genocidio del mayor número posible de árabes. Las brigadas israelíes recibían una lista clara y concisa de las aldeas a masacrar u ocupar, por ejemplo Tiberías, Safad, Haifa, o Jafa. Así, las atroces masacres de palestinos formaban parte de un plan claro y con la intención preconcebida y deliberada, de «limpiar» el futuro Estado «judío» de árabes.

² Said recuerda en sus memorias: «La tía Nabiha describía en tono lastimero y escandalizado los horrores de acontecimientos como la matanza de Deir Yassin en 1948: "Chicas desnudas llevadas en camiones a sus campamentos". Di por sentado que mi tía expresaba su vergüenza porque hubiera mujeres expuestas a las miradas masculinas, y no solamente por el horror de una matanza a sangre fría de civiles inocentes. Sin embargo, todavía no tenía ni idea de a quien pertenecían aquellas miradas»; Said, Edward W., (2001): *Fuera de Lugar*, Ed. Mondadori, Barcelona, pág. 156.

Por tanto, Said se convirtió junto a su familia en exiliado, perdiendo definitivamente su hogar en Jerusalén, y aunque se refugiaron de forma privilegiada en Egipto, Said se sintió siempre sumergido en un sentimiento de pertenecer a un grupo errante, desposeído, sumido en un estado de vacío esencial, siempre en la periferia, en la frontera entre dos mundos, y siempre con la sensación de estar fuera de lugar.

REFLEXIONES DESDE Y SOBRE EL EXILIO

La creación y la tristeza inundan nuestras ciudades, seres humanos emigrados, exiliados, refugiados, conforman una nueva mirada, una original perspectiva que golpea nuestras conciencias, nuestra codicia etnocéntrica, y nuestro peligroso y estéril chovinismo. Haciendo hincapié, y delatando lo que Said comprendía como la pobreza comparativa de la política de «identidad», un concepto cada vez más híbrido, afortunadamente más impuro y sólo representativo de la deshonesta intención de afirmar una superioridad inventada, frente a una realidad que se desliza cada vez más hacia una amalgama de culturas constituidas, en verdad, por «discursos mixtos, heterogéneos () y contradictorios» (Said, 2005: 17).

Said recuerda que la cultura que denominamos occidental que se enzarza en la modernidad, es fruto de los exiliados, los refugiados, y emigrados que toman una actitud nueva y distante desde la excentricidad de su posición entre dos mundos. Para Said entre el «nosotros» y «los de fuera» se encuentra el territorio sutil de la no-pertenencia, donde en esta era merodean, reflexionan, piensan, sufren y viven cantidades inmensas de seres humanos como personas exiliadas, que dinamizan y deshilachan nuestras tradiciones superando «las constricciones alienantes del dogmatismo de la tradición» (Riutort, 2001: 296).

Para Said debemos precisar la relación especial entre el exilio y el nacionalismo, dado que este último es una afirmación contundente de pertenencia de un pueblo a un lugar, una tradición y un legado esencial, que afirma un hogar creado por una comunidad determinada, pero que al establecerlo obvia el exilio. A juicio de Said (2005: 183) «la interacción entre nacionalismo y exilio es como la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, según la cual los contrarios se informan y constituyen mutuamente» y todos «los nacionalismos nacen en sus primeras etapas de una condición de extrañamiento».

(Said, 2005: 17). Ahora bien, el peligro es cuando los nacionalismos que vencen esa condición de confinamiento se sumergen en el deslizarse de una verdad esencial y exclusiva de y para sí mismos, relegando la deshumanización al otro, el de fuera. Así, el nacionalismo se ocupa de un grupo determinado y el exilio para Said es un estado discontinuo del ser, que ocupa una experiencia más solitaria. Pero, esta situación de soledad exílica, distante, entre diversas representaciones de la realidad, supone un cruce de fronteras, que puede proporcionarnos nuevas y enriquecedoras formas narrativas, lo que Said llama, parafraseando a John Berger, «*otras formas de contar*».³ Por tanto, frente al peligro del nacionalismo exacerbado y esencialista Said defiende la necesidad de percibir y «contemplar a los Otros no como algo ontológicamente dado sino como algo históricamente constituido» para así, «socavar los sesgos exclusivistas»⁴ que el nacionalismo atribuye a una determinada cultura o tradición.

A juicio de Said, empero, el exilio puede caer también en un sentimiento menos atractivo, es decir en una hostilidad estéril, que se esboza cuando en el exilio existe la loable necesidad de buscar la reconstrucción de una identidad, partiendo de esa cicatriz del exiliado que es ese estado discontinuo del ser y unas pérdidas, distorsiones de la psique, que persiguen la reparación de este estado celoso, y de esencial tristeza que es el exilio. Para Said el *pathos* del exilio subyace en esa pérdida, casi irremediable, de contacto con la tierra dejada atrás, con aquellos pequeños detalles y gestos que dibujan la cotidianeidad del originario hogar. No obstante, los exiliados que sienten esa diferencia entre lo que dejaron y lo que ahora les envuelve y sucumbe, como si fueran huérfanos, se trasluce en una diferencia a la que se aferran como arma arrojadiza, como derecho a no ser reconocidos y aceptados en el lugar de acogida, cayendo, quizá, en ciertas ocasiones en una desagradable obstinación e intransigencia. Este extremo en el que puede caer el exiliado, según Said, puede convertir el exilio en un placer de la nostalgia y la tristeza distanciándolo de todo compromiso real y necesario, convirtiéndose en un simple y pernicioso fetiche, alejándolo de la realidad. Desde el punto de vista de Said es necesario que el exiliado resurja, y no caiga en la

³ *Ibid.* Pág. 295.

⁴ *Ibid.* Pág. 295.

indiferencia, sino que debe aprovecharse de su estado entre dos mundos, no debe, a su vez, quedarse al margen lamentando sus heridas sin cicatrizar, sino que debe cultivarse una subjetividad «escrupulosa», desnaturalizando el hogar y la lengua, la identidad y la nación, para no caer en el abismo de la ortodoxia y el esencialismo del dogma. Sólo así, para Said, la perspectiva del exiliado puede ayudarnos a contemplar la provisionalidad del hogar, de la identidad creada y de la nación heterogénea y permeable. Ya que, como recuerda Said, es preciso superar la identidad nativista y dejar paso a la superación de la «indulgencia emocional de la celebración de la propia identidad» (Said, 2004: 356), sin tener que abandonar la nacionalidad, pero pensando en la identidad como algo no absoluto, no inmutable, no chovinista, es decir que la identidad no debe confinarnos en una esfera propia e impermeable; porque el peligro es, más allá de una verdadera transformación social, caer en una deprimente «duplicación de la patología del poder»,⁵ es decir, no superar la conciencia nacional por una conciencia social. Said está pensando en, por ejemplo, el proceso de descolonización de los países que sufrieron las consecuencias del imperialismo, y que corrían el riesgo de sustituir sencillamente una forma de dominación por otra. Por tanto, el exiliado debe encender la idea de que en un mundo secular y contingente, global y fugaz, esas barreras y fronteras que nos empeñamos en levantar pueden convertirse en verdaderas prisiones más allá de la razón y la necesidad. Demostrando la necesidad esencial de romper las barreras del pensamiento y de la experiencia. Es el proceso hacia lo que Said entendía como la «descolonización de la mente».

He ahí el recoveco enriquecedor del exiliado, que a pesar de su dura y triste situación después de ser arrancado a la fuerza del hogar primigenio, puede hallar en el exilio una serie de condiciones, que a juicio de Said y desde su posición y experiencia de exiliado, alberga ciertas cosas positivas. Se esboza en el exiliado una mirada original, excéntrica y fronteriza, a partir de la conciencia de al menos dos lugares, dos representaciones de la realidad, dos lenguas, dos hogares,... y esta rica pluralidad de percepciones consigue concienciarnos de las múltiples dimensiones de la realidad, de la

⁵ *Ibid.* Pág. 356.

hibridez y heterogeneidad de las culturas, entretejiendo una conciencia que Said llama *contrapuntística*. Es decir, el nuevo entorno del exiliado se enfrenta a la memoria del otro entorno, sucediéndose de forma simultánea en la conciencia del exiliado, reconociendo la multiplicidad de representaciones de la realidad. Los dos entornos, como mínimo, del exiliado suceden a la vez de forma *contrapuntística*, aplacando la limitada mirada del juicio de la ortodoxia al uso.

Said pone como ejemplo de todo ello la situación del Islam en EE UU, cuando se discute sobre el fundamentalismo integrista islamista, sin tenerse en cuenta que existen a la vez en EE UU una corriente fundamentalista cristiana evangelista, y a la vez un fundamentalismo judío-sionista, ya que normalmente se emite un juicio contra un solo enemigo declarado. Sin embargo, desde la perspectiva del exiliado, por ejemplo en lo que respecta a Said como exiliado palestino por las acciones coloniales del sionismo, se debe exigir una posición laica, contundente y *contrapuntística* «frente a todas las tendencias teocráticas» (Said, 1996: 70). Esto es lo que Said llama una lectura en contrapunto de la realidad, es decir, teniendo en cuenta la «historia narrada por diversas voces» (Said, 2001: 70). Así, también el exiliado contempla, para Said, las situaciones como algo contingente, no inevitable, por ser producto de la historia, es decir, como realidad histórica secular, como defendía el filósofo de la historia Giambattista Vico, sin estar divinamente ordenada, sino que debe concebirse como un producto de los seres humanos y la esencia del conocimiento, para Said a partir de Vico, consiste en comprender lo que nosotros como seres humanos hemos creado. Todo esto lleva al exiliado que reflexiona, que teoriza a ser un intelectual escéptico e irónico, pero lejos de toda actitud cínica frente a la realidad y sus conflictos. El mismo Said, por ejemplo, toma una posición escéptica frente a designaciones categóricas tales como «Oriente», «Occidente», «Islam», etc., concibiéndolas como estereotipos y generalizaciones que simplifican realidades mucho más complejas y heterogéneas imposibles de aprehender con estas etiquetas engañosas, y que para Said, «a menos que se deconstruyan analítica y críticamente, son más adecuadas para movilizar pasiones colectivas que para comprender la realidad con lucidez» (Said, 2006: 18).

Es más, para Said los exiliados deben contribuir a romper con la ortodoxia, porque cuanto más capaces seamos de abandonar la propia patria creada, más capaces seremos de juzgarla a ella misma y al mundo en su

globalidad, con el distanciamiento y la generosidad precisa para reflexionar sobre ellos a partir de lo que en verdad son. Para así estar también más capacitados para juzgarnos a nosotros mismos desde la intimidad y la distancia necesaria. Por tanto, nos es preciso romper con el retrato ideológico y estéril del «nosotros» contra «ellos», y cerciorarse del error epistemológico de todo fundamentalismo, es decir, el creer que todos los principios esenciales del mismo son fijos, no históricos, cuando, en verdad, toda época y sociedad crea y reinterpreta sus «otros» y su «nosotros» que lejos de ser algo paralizado es fruto, en realidad, de un «muy elaborado proceso histórico, social, intelectual y político» (Said, 2002: 436).

En definitiva, nuestra época es por excelencia la de las grandes migraciones, de refugiados en condiciones inhumanas, de expatriados, de repatriados, de exiliados...que deben hacer despertar nuestras conciencias. Los exiliados que reflexionan desde la frontera, a partir de la esencial pérdida del hogar, entre dos mundos y la añoranza, pueden y deben romper y atravesar las fronteras «canónicas clásicas», para ensanchar nuestro horizonte del mundo y sus conflictos, una realidad densa y convulsa que precisa de nuevas perspectivas, de más de una mirada, es decir, un discurso subyacente, subversivo, y contrapuntístico como el que defiende y aplica Said. Hoy el *Logos* no es patrimonio exclusivo de Europa o EE UU sino que existen nuevas y sorprendentes configuraciones de la realidad, desde la intelectualidad de la periferia capaces de reinterpretar el colonialismo, el imperialismo, la historia,... Por ejemplo, la historia, a juicio de Said, ya no puede ser concebida como Hegel pensaba, no transcurre unilateralmente, sino que su mismo transcurrir se convierte en un complejo y sofisticado mecanismo cada vez más lejano de lo primitivo, que se expande y se exhibe en un múltiple fluir de representaciones de la realidad que configuran su poliédrico acontecer, más allá de las «percepciones clasistas» (Said, 2004: 381) determinadas, es decir más allá de la historia moldeada por exigencias políticas, patrióticas, o ideológicas con algún tipo de creencia en poseer algún prototipo peligroso de superioridad cultural. Así, el intelectual en el exilio debe recordarnos, como Said lo hace a través de Frantz Fanon, que en situaciones de conflicto en las que una comunidad se ve maltratada, negada, ocupada y condenada a su desaparición es necesario que la liberación de ese pueblo en peligro de extinción se forje a partir de una conciencia nacional superada, pero que, como

hemos escrito más arriba, enseguida se supere con una «conciencia social»⁶ que se desliza hacia el humanismo auténtico, y hacia «una nueva concepción global de la historia» (Said, 2004: 416).

REFLEXIONES SOBRE PALESTINA DESDE EL EXILIO

Said, a partir de su condición de exiliado palestino, de su erudición y de su brillantez intelectual consiguió convertirse en la voz esencial para pensar y reflexionar el conflicto palestino-israelí con una mirada más aguda, matizada y contrapuntística. Si la *Naqbah* palestina de 1948 fue ya el lento devenir de la eliminación de la historia palestina, y el intento de limpieza étnica de todo un pueblo, a costa de la creación de Israel, es a partir de 1967, debido a la debacle árabe que supuso la ocupación del ejército israelí de aún más territorio palestino, es decir el confinamiento de Cisjordania, Gaza, Jerusalén Oriental, y los Altos del Golán, cuando en Said se despierta la necesidad de romper el silencio y luchar por la causa palestina, de tomar conciencia de que la resistencia no violenta es el camino hacia la liberación palestina frente al colonialismo israelí.

Para Said se debe pensar el conflicto palestino-israelí desde su intransigencia originaria, donde los palestinos deben sentir como su exilio es producto del pueblo del exilio por excelencia que es el judío. Said siempre recordaba la condición especial y frustrante de los palestinos, como «víctimas de las víctimas» (Said, 2001: 53), es decir que estamos hablando de «personas que son las víctimas clásicas de la opresión y la persecución, que llegan a Palestina y crean otras víctimas». ⁷ Así, a juicio de Said, el sentido de identidad palestina se ha ido nutriendo en su mayor parte desde el exilio, con el peligro que puede conllevar de exacerbada relevancia, sin olvidar, en definitiva, que los palestinos confluyen en el destino «más extraordinario del exiliado» (Said, 2005: 185), es decir, el haber sufrido el exilio y la condición de exiliados por aquellos que lo sufrieron. Por tanto, el desarraigo recibido, y en-

⁶ Escribe Frantz Fanon: «El nacionalismo, si no se hace explícito, si no se enriquece y se profundiza, si no se transforma rápidamente en conciencia política y social, en humanismo, conduce a un callejón sin salida. (...) Sólo la dedicación masiva de hombres y mujeres a tareas inteligentes y fecundas presta contenido y densidad a esta conciencia», Fanon, Frantz, (2007): *Los Condenados de la Tierra*, Ed. FCE, Buenos Aires.

⁷ *Ibid.* Pág. 53.

tretejido en la psique palestina se magnifica más, si cabe, al producirse por la acción de antiguos exiliados, un pueblo que sufrió el más horrendo crimen contra la humanidad, la *Shoa*.

Así, debe deconstruirse la historia, es decir leer en contrapunto la historia y en el caso de Palestina es más evidente, ya que como recuerda Said, los israelíes llevan 60 años narrando la historia de Israel, obviando y dejando en la sombra la verdad histórica de la creación de su Estado, a través de la limpieza étnica de 1948, de la ocupación de 1967, del horror de 1982, del engaño de 1993, y de la desposesión y colonización incesante de Palestina; y para Said no podemos permitir que Israel tenga el monopolio de la historia de la Palestina histórica y debemos contar con la necesaria deconstrucción que ya se entreteje desde las perspectivas de los historiadores israelíes revisionistas,⁷ y además debe tenerse en cuenta a los palestinos que están en el exilio y que sufrieron el expolio. Por tanto, nos es preciso recordar que durante los últimos 60 años a los israelíes se les ha hecho imposible reconocer que su existencia descansa sobre la *Naqbah*, ya que reconocer tal verdad para con la historia supone hacer frente a la injusticia histórica de la limpieza étnica de Palestina, cuestionando los frágiles mitos fundacionales del Estado de Israel y poniendo sobre la mesa las preguntas cruciales y éticamente necesarias con implicación esencial para el futuro de Israel. Hay, en verdad, un miedo psicológico israelí a reconocer la *Naqbah* y sus terribles consecuencias, ya que reconocerlo rompería su propio estatus de víctimas por excelencia de la historia, dando lugar a unas consecuencias extraordinarias y a unas repercusiones existenciales y morales inconcebibles para los israelíes.

Palestina, a juicio de Said, a partir de su propia experiencia se ha identificado con el exilio y la desposesión, la pérdida y el desarraigo. Por ello, Palestina, como comunidad emergida desde lo que el exilio representa, está cada vez más cerca de la lastimosa «experiencia judía del genocidio»,⁸ dado que las políticas israelíes de rango militar sólo parecen perseguir el cumplimiento del sueño sionista del Gran Israel a costa de la desaparición de todo

⁷ Said se refiere a las obras de referencia sobre la historia revisada y deconstruida de autores israelíes tales como Ilan Pappé, Avi Schlaim, Tom Segev, o Benny Morris que están desenterrando los archivos escondidos por los sionistas y que demuestran que los palestinos originarios fueron expulsados o aniquilados de forma masiva en 1948.

⁸ *Ibid.* Pág. 40.

un pueblo, de su memoria y de su libertad. Por tanto, para Said Palestina tiene una importancia y una universalidad que va más allá de lo local, ya que lo que ahí acontece repercute en toda la zona convulsa de Oriente Próximo, sin olvidar que el verdadero camino hacia la reconciliación debe empezar desde lo local, a partir de los israelíes y palestinos, a partir de su coexistencia al margen de los gobiernos o poderes políticos que cada vez parecen estar más alejados de la realidad.

Aunque la familia de Said se viera por completo obligada a abandonar Palestina cuando sólo tenía 12 años, en el pensamiento de Said jamás se desvaneció aquel mundo árabe en el que nació y se educó, acarreado dos de los determinantes fundamentales del sino palestino, la diáspora y la privación de libertad. Aunque Said era consciente del privilegio de su posición distante y de exílico, lejos de la ocupación militar que sufren los palestinos en sus propias carnes, sin embargo, le movía «la esperanza de que la distancia relativa con la que [trataba] las preocupaciones» (Said, 1995: 23) de Palestina, sus sufrimientos y su falta de reconocimiento internacional como Estado, le otorgaba «una visión más abierta y una libertad más amplia en la valoración del devenir nacional, condiciones que pueden faltar a aquellos que viven en el vértigo ininterrumpido de los acontecimientos».⁹

La solución para Said, el camino para una verdadera paz y reconciliación, requiere no de la fuerza militar, ni de la estéril violencia terrorista, sino que el futuro debe entretejerse entre copartícipes, a partir de una acción comunicativa que logre el mutuo entendimiento, comprendiendo al otro y reconociendo su existencia. Todo ello, empero, en un marco donde la ocupación militar y el terrorismo sean historia, y ser conscientes de que están condenados a entenderse y a convivir en la tierra que los unió, aplicando una política basada en el conocimiento mutuo y en la no violencia. Con todo ello, Said pretendía la coexistencia para aislar a los integristas, a los exclusivistas y a los fundamentalistas de ambos lados, a partir de una forma «crítica, racional, con esperanza y tolerancia» (Said, 2002: 325).

⁹ *Ibid.* Pág. 23.

CONCLUSIÓN

Para ir concluyendo, podríamos recordar que a juicio de Said el pensador, el ensayista, el filósofo, y en definitiva el intelectual debe experimentar el exilio como libertad, sin una senda preescrita para ir más allá de lo convencional, pensando y reflexionando las cosas como contingentes, no como inevitables, es decir, como hechos de la sociedad o productos de la humanidad a lo largo de la historia, no como realidades sobrenaturales y por tanto inmutables. Así, para Said el intelectual exílico debe apartarse de las autoridades, dirigiéndose a los márgenes del pensamiento. Si no han sufrido el exilio como condición real, pueden tomar una posición a partir de una condición metafórica de intelectuales en el exilio, es decir, aquella en que los intelectuales «son marginales y exiliados en lo que se refiere a privilegios, poder y honores» (Said, 1996: 64), y que tienden siempre a la inconformabilidad y antipatía con la acomodación y el bienestar en una nacionalidad determinada, cerrada y estable, que se autoadula. Así, el filósofo o el intelectual no debe dar nada por sentado, y gozar del «placer de sorprenderse (...) de aprender a conformarse en circunstancias de precaria inestabilidad [así] una vida intelectual gira fundamentalmente en torno al conocimiento y la libertad».¹⁰

Hoy los filósofos de formación y vocación no podemos quedarnos fijos sobre las espaldas de Platón y conformarnos con ello, sino que en una realidad cada vez más compleja, heterogénea y poliédrica debemos hacer frente a los nuevos retos de este siglo XXI con nuevas miradas y nuevas narraciones que llenan este mundo, en el cual, como Said siempre recordaba, «nadie es hoy puramente una sola cosa» (Said, 2004: 515); así, por tanto, no debemos quedarnos quietos, e ir en búsqueda de los silencios, de aquellos que fueron callados o que no fueron escuchados, «en los lugares de la exclusión y de la invisibilidad» (Said, 2006: 106), una mirada más amplia, integradora y mundana, ofreciendo la más contundente resistencia a los estereotipos reduccionistas; ya que, como recordaba Fernando Quesada, debemos y precisamos ser conscientes de «que somos una minoría entre otras minorías culturales, que los diferentes no son sólo ellos sino también nosotros, que no

¹⁰ *Ibid.* Pág. 69.

sólo miramos nosotros, sino que también somos vistos» (Quesada, 2004: 304) y la mirada del otro también conforma y enarbola nuestra propia identidad cada vez más abierta, híbrida y múltiple. En definitiva, necesitamos una filosofía que se comprometa con la acción y la resistencia frente a las desigualdades, las injusticias, la colonización, el imperialismo, los prejuicios misóginos, o el etnocentrismo, esquivando toda quietud de pensamiento, optando, en fin, por la posición subversiva y contrapuntística que Said defendía del «intelectual exílico [que] no responde a la lógica de lo convencional sino a la audacia aneja al riesgo, a lo que representa cambio, a la invitación a ponerse en movimiento y a no quedarse parado» (Said, 1996: 73) nunca.

BIBLIOGRAFÍA

- SAID, EDWARD W. (1995). *Gaza y Jericó (Pax Americana)*, Nafarroa: Txalaparta.
- SAID, EDWARD W. (1996). *Representaciones del Intelectual*, Barcelona: Paidós.
- SAID, EDWARD, W. (1997). *Palestina, Paz sin Territorios*, Nafarroa: Txalaparta.
- RIUTORT, BERNAT (2001): *Razón Política, Globalización y Modernidad Compleja*, Madrid: El Viejo Topo.
- SAID, EDWARD W. (2001). *La Pluma y la Espada*, México: Siglo XXI.
- SAID, EDWARD W. (2001). *Fuera de lugar*, Barcelona: Grijalbo.
- SAID, EDWARD W. (2002). *Nuevas Crónicas Palestinas (El fin del Proceso de Paz)*, Barcelona: Mondadori.
- SAID, EDWARD W. (2004). *Cultura e Imperialismo*, Barcelona: Anagrama.
- QUESADA, FERNANDO (2004). «Actualidad de la Filosofía Política (pensar la política hoy)» en Muguerza, J. y Cerezo, P. (eds.), *La Filosofía Hoy*, Barcelona: Crítica.
- SAID, EDWARD W. (2005). *Reflexiones sobre el Exilio*, Barcelona: Debate.
- SAID, EDWARD W. (2006). *Humanismo y Crítica Democrática*, Barcelona: Debate.
- FANON, FRANTZ (2007). *Los Condenados de la Tierra*, México: FCE
- SAID, EDWARD W. (2007). *Representaciones del Intelectual*, Barcelona: Debate.